

volucion habia abdicado en manos del rey, insultó conforme iban saliendo á todos los miembros que le eran conocidos pertenecientes al lado derecho, hasta al mismo Barnave. Estos hombres recogieron desde el primer día la ingratitud que tantas veces habian fomentado, y se separaron tristes y desalentados.

El pueblo coronó con guirnaldas de hojas de encina á Robespierre y á Petion, y desenganchando los caballos de sus coches, se los llevó en triunfo. El poder de estos dos hombres y el entusiasmo que por ellos tenian las masas atestiguaba ya la impotencia del nuevo código y presagiaba su ruina. Un rey amnistiado volvia á entrar, sin ningun prestigio, en un palacio en que poco hacía se hallaba prisionero. Unos legisladores tímidos abdicaban en medio del tumulto, al mismo tiempo que dos tribunos triunfantes eran vitoreados por el pueblo. Todo el porvenir se manifestaba ya con entera claridad para el hombre pensador, con sólo reflexionar en estos hechos. La Asamblea constituyente, que habia comenzado por una insurreccion de principios, concluia con una sedicion. ¿Estaba la falta de todo esto en aquellos mismos principios, ó era culpa de la Asamblea constituyente? Esto es lo que examinaremos más adelante, echando una mirada sobre todos los actos de la Asamblea. Dejemos para entónces este juicio, por no interrumpir la narracion.

LIBRO QUINTO.

Estado de Europa. — Las potencias empiezan á conmovirse. — El ejército de los principes franceses en Coblenza. — Conferencias de Pílnitz. — Primeros rumores de guerra bien acogidos por los constitucionales, por los girondinos y por los jacobinos, á excepcion de Robespierre. — Madama de Staël. — Su retrato. — Influencia que tenia en el partido constitucional. — El conde Luis de Narbona. — Los constitucionales quieren atraer al duque de Brunswick á su partido. — Este se niega á ello.

I

Trabajada Francia por dos convulsiones distintas, apenas respiraba, y la revolucion vacilante estaba aún entre detenerse en el punto adonde habia llegado, ó servirse de la Constitucion como de un escalon para llegar á la república. Empezaba Europa á conmovirse, ya que, egoista y falta de prevision, no habia notado en los primeros síntomas revolucionarios de Francia que en Paris se estaba representando una especie de drama filosófico, cuyo escenario fué la Asamblea de los notables, la Constituyente y la reunion de los Estados generales; y los protagonistas, el genio popular representado por Mirabeau, y el de la aristocracia personificado en Luis XVI y en el clero. Los soberanos de Europa y sus ministros no habian visto en este grande espectáculo más que la continuacion de aquella lucha á que ellos habian asistido y en la que se habian interesado secretamente, sostenida por una parte por Voltaire y Rousseau, y por otra por los antiguos aristócratas y por los sacerdotes. Segun el modo de ver de aquellos monarcas, la revolucion no era otra cosa sino la filosofía del siglo, que de los salones se habia trasladado á las plazas públicas, y de las obras enciclopédicas habia pasado á las bocas de los oradores de la Asamblea. Esta conmocion del mundo moral, oida por ellos desde léjos, presagiaba en Paris cierta cosa desconocida en los destinos europeos, pero esta misma agitacion seducia más bien que inquietaba á los monarcas de las demas naciones. No notaban éstos que las instituciones no son otra cosa que la manifestacion ostensible de las ideas, y que si habia un trastorno en las que tenia anteriormente el pueblo frances, arrastraria éste tras sí los tronos y las nacionalidades. Cuando el espíritu de Dios quiere una cosa, parece que todo el mundo la quiere tambien y que contribuye á su logro impulsado por una fuerza invisible. Europa daba á los primeros actos de la revolucion francesa el tiempo necesario para que llegasen á conocimiento de todos los Estados europeos, y esto era más de lo que necesitaba la revolucion para ir prosperando. Cuando no se sofoca la primera chispa que se descubre, el incendio adquiere pronto unas proporciones colosales, y ya no es posible extinguirlo. El estado político y moral de Europa era favorable á la propagacion contagiosa de las nuevas ideas; razon por la cual el tiempo, los hombres y las cosas estaban á merced de Francia.

II

Una larga paz había sido causa de que los hombres viviesen en la molicie y de que desconociesen aquellos antiguos odios entre las razas, tan opuestos á la comunicacion de sentimientos y á la nivelacion de ideas entre pueblos distintos. Desde el tratado de Westfalia, Europa podía considerarse como una república compuesta de potencias perfectamente equilibradas, porque el equilibrio general resultaba del contrapeso que se hacian unas á otras. Al primer golpe de vista se notaba la unidad y solidez de esta armazon europea, cuyas piezas, ofreciendo igual resistencia unas á otras, tambien se prestaban igual apoyo para la presion de todos aquellos Estados.

Alemania no era otra cosa que una confederacion presidida por Austria, en la cual los emperadores eran los únicos jefes de aquel antiguo feudo de reyes, de duques y de electores. El poder de la casa de Austria era debido más á sus posesiones personales que á la dignidad imperial. Los dos reinos de Hungría y de Bohemia, Italia, el Tirol y los Países Bajos le daban un ascendiente que el genio de Richelieu no había podido impedir, aunque lo había coartado en cuanto le había sido posible. El Austria, potencia de resistencia, pero no de impulso, había hecho lo que era indispensable para sostenerse, pero no había obrado. Su principal fuerza consiste en su posicion y en su inmovilidad. Esta nacion es un peñasco colocado en el centro de Alemania, cuyo principal poder consiste en su misma gravedad, lo que le hace ser el eje del equilibrio europeo. La Dieta federativa enervaba todos sus designios, valiéndose de aquellas influencias diplomáticas que son indispensables en toda confederacion. Dos Estados no conocidos hasta la época de Luis XIV acababan de surgir de repente al abrigo de la antiquísima rivalidad entre las casas de Austria y de Borbon. Uno de estos Estados era Prusia, situada en el Norte de Alemania; el otro era Rusia, colocada en el Oriente. La política inglesa había avivado aquellos dos gérmenes de division para crear en el continente nuevos elementos de combinaciones políticas, que diesen por resultado el que los intereses de la Gran Bretaña se consolidasen cada vez más.

No había transcurrido todavía un siglo desde que un emperador de Austria había concedido el título de rey á un margrave de Brandeburgo, soberano subalterno obedecido por dos millones de vasallos, y ya Prusia contrabalanceaba en Alemania la autoridad de la casa de Austria. El genio maquiavélico de Federico el Grande era ya el de toda la Prusia, y aquella monarquía, compuesta de muchos Estados pequeños incorporados á ella, merced á las victorias obtenidas por el rey filósofo, necesitaba aún más guerras para engrandecerse, y éranle tambien necesarias las agitaciones y las intrigas para legitimarse. Era Prusia un elemento disolvente situado en el centro de la Confederacion germánica. Cuidadosa Inglaterra de mantener y fomentar aquellas divisiones, se había servido de Prusia como de una palanca para lograr sus fines en Alemania. Rusia, cuya doble ambicion premeditaba un golpe contra el Asia y otro contra Europa, había esclarecido su vanguardia en Occidente, y á manera de un campo avanzado se extendía hasta las orillas del Rhin. Esto era equivalente á amenazar con la punta de su espada el corazon de Francia.

Potencia esencialmente militar, su gobierno no era sino una disciplina, y su pueblo un ejército. En cuanto á política, no tenía otra idea que la de colocarse al frente de los Estados protestantes y ofrecer apoyo á todos los intereses y á todas las ambiciones ofendidas por la casa de Austria. El reino de Prusia era por su naturaleza una potencia revolucionaria.

Rusia, á quien la naturaleza había negado un suelo fértil y delicioso, había recibido de ella, por otra parte, una extension tan inmensa, que ocupaba la novena parte de la tierra, en donde se hallaban diseminados cuarenta millones de hombres, á quienes el genio militar y el carácter rudo de Pedro el Grande había obligado á unirse y á constituirse en nacion. Esta potencia, cuya extension parece fabulosa, fluctuaba aún en la indecision, sin saber si se inclinaria hácia la parte de Alemania ó hácia el imperio otomano. Era gobernada á la sazón por Catalina II, mujer muy semejante á las grandes heroínas de la antigüedad, que á un gran talento y á una no vulgar belleza unia grandes pasiones y grandes crímenes, cosas todas muy á propósito para infundir entre aquellos bárbaros un gran terror al cetro, casi adorado por ellos á causa de su crasa ignorancia. Cada paso que daba hácia el Asia admiraba y sorprendía á Europa, que veía en ella otra nueva Semíramis. Intimidadas Rusia, Prusia y Francia con el renombre que aquella mujer iba adquiriendo, celebraban sus victorias sobre los turcos y las conquistas que hacía en el mar Negro, y parecía que no comprendían que aquella heroína destruía el equilibrio europeo, y que en cuanto lograse dominar en Polonia y en Constantinopla, ya no habría obstáculo que le impidiese revolverse contra Alemania y extender el otro brazo para abarcar así todo el Occidente.

III

Humillada Inglaterra en su orgullo marítimo por la rivalidad de las brillantes escuadras francesas que recorrian los mares de la India, é irritada contra Francia por el socorro que ésta había prestado á la independencia de la América inglesa, acababa de celebrar una alianza secreta en 1788 con Holanda y Prusia, tratando de contrabalancear de esta suerte la celebrada entre Francia y Austria, y al mismo tiempo de intimidar á Rusia en medio de sus invasiones contra los turcos. Todo el genio de Inglaterra se hallaba reunido en un solo hombre, que era Mr. Pitt, el mayor político del siglo XVIII. Este sabio era hijo de lord Chatham, y el único orador político de los tiempos modernos que puede compararse con Demóstenes, si no es que le llevase ventajas. Mr. Pitt había nacido, por decirlo así, en el consejo de los reyes, se había educado en la tribuna de su país, y estaba ya en el cuerpo diplomático á los veintitres años. En esta edad, en que el hombre no se ha desarrollado aún completamente, era ya Pitt el hombre más grande de toda aquella aristocracia, que le confiaba su causa considerándole el más digno entre todos sus miembros. Su talento y la admiracion que éste excitó en todo el país, le conquistaron apenas salido de la infancia la direccion de los negocios del Estado, en la que continuó casi sin interrupcion hasta su muerte, por la gran extension de sus miras políticas y por la energía de su carácter. En más de una ocasion demostró este hombre, aún contra la misma Cámara de los Comunes, lo que vale un hábil político apoyado en el verdadero espíritu nacional, y á lo que puede atreverse con buen éxito aún cuando se vea contrariado por todo un Parlamento. Pitt violentó la

opinión pública y fué un déspota constitucional, si nos es permitido asociar estos dos nombres que pintan por sí solos su omnipotencia legal. La lucha que sostuvo contra la revolución francesa fué permanente durante los veinticinco años de su vida ministerial. Adoptó el papel de antagonista de Francia, y murió vencido.

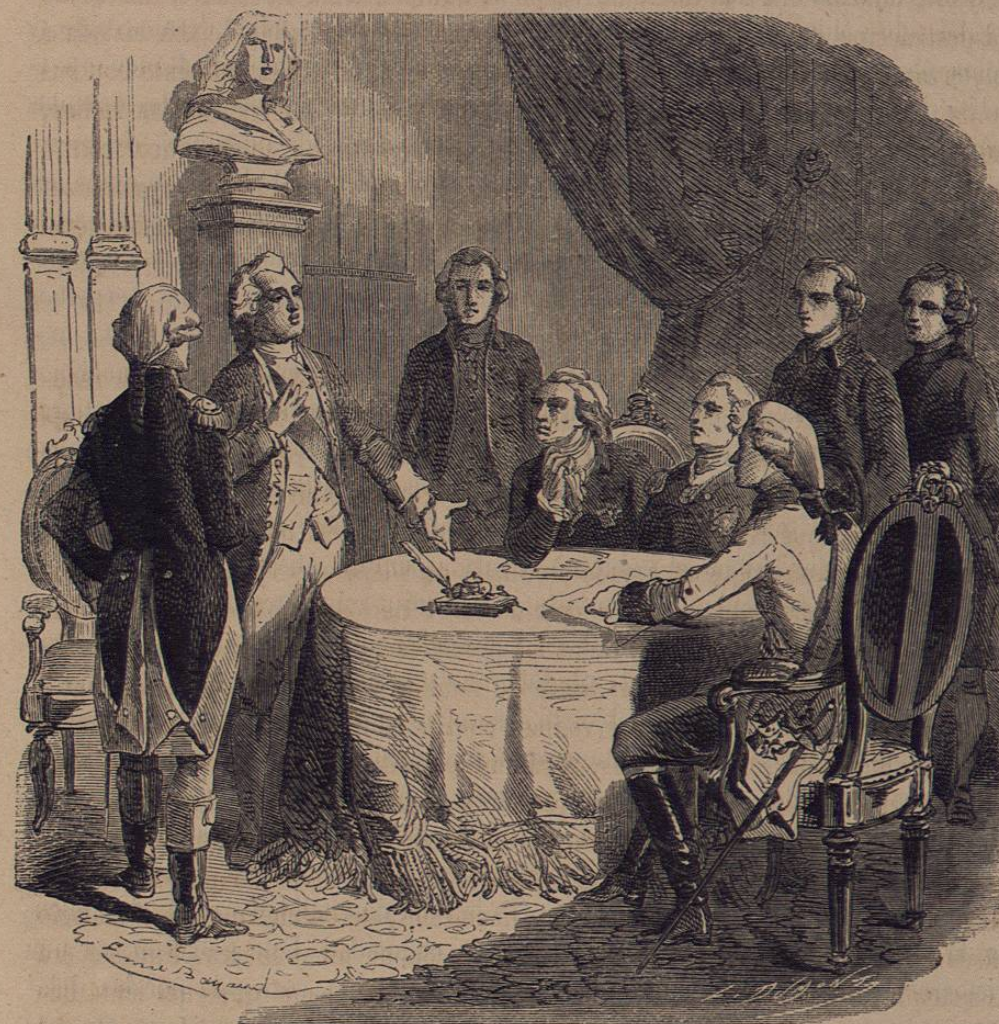
No era, sin embargo, la revolución lo que aborrecía aquel hombre, sino á Francia; y este odio no era á la libertad, porque él también tenía un corazón libre, sino á la destrucción del equilibrio europeo que, una vez efectuada, dejaba aislada á Inglaterra en medio del Océano. Resentida esta nación en aquel momento con sus colonias de América porque habían sacudido el yugo, en guerra con las Indias, tibia en sus relaciones políticas con España, y abrigando un sordo rencor contra Rusia, no contaba en el continente sino con Prusia y el stathouder. Por consecuencia, estribaba toda su política en la observación y en la contemporización, cual no podía ménos de suceder.

IV

España, debilitada en el reinado de Felipe III y de Fernando VI, había recobrado alguna fuerza interior y alguna dignidad en el exterior durante el largo reinado de Carlos III. Sus ministros Campománes, Florida Blanca y el conde de Aranda habían luchado contra la superstición, segunda naturaleza de los españoles. Los jesuitas, que reinaban bajo el nombre de los reyes, habían sido expulsados del reino por un golpe de Estado meditado en silencio, y ejecutado como una conspiración. El pacto de familia concluido entre Carlos III y Luis XV en 1761, había afianzado todos los tronos y todas las posesiones de las distintas ramificaciones de la casa de Borbon; pero el pacto de familia no había podido preservar á esta dinastía, compuesta de tantas ramas, contra la falta de savia, ni contra la decadencia moral de sus individuos, decadencia que fué causa de que reyes muy grandes tuviesen por sucesores unos príncipes asaz degenerados. Los Borbones, que en Nápoles se habían convertido en sátrapas, habían sucedido en España á una especie de frailes coronados. La corte del Escorial había adoptado todas las formas y casi todas las costumbres de los monacales, de suerte que aquel palacio se asemejaba más á un convento que á la mansión de un monarca. Funesto era este sistema para España, país infortunado que adoraba el mal que cual lenta fiebre le iba consumiendo. Después de haber estado sometido por tantos siglos al dominio de los califas, se había convertido en pingüe patrimonio de los papas. La milicia papal reinaba en la Península bajo todos los hábitos de las órdenes religiosas, y la fría é impasible teocracia hacía allí su última tentativa. Jamás había adquirido el sacerdocio un dominio más absoluto, ni se había posesionado tan completamente de una nación; jamás había logrado reducir á un pueblo á más abyecto envilecimiento. La Inquisición era su gobierno, sus triunfos los autos de fe, y las corridas de toros y las procesiones sus fiestas nacionales. Si el dominio inquisitorial hubiese durado un poco más en aquellas floridas comarcas, la nación española hubiera desaparecido de la lista de los pueblos civilizados.

Carlos III, hombre verdaderamente sabio, había hecho grandes esfuerzos para emancipar su gobierno, y al hacerlos había sufrido su trono fuertes vaivenes. Concentradas sus buenas intenciones en él solo, habían sido impotentes y débiles, y se había visto precisado á ir sacrificando uno á uno á todos sus ministros á la ven-

ganza de la superstición. Florida Blanca y Aranda habían muerto en el destierro, sin más delito para sufrir el ostracismo que el de haber servido fielmente á su país. El honrado aunque débil Carlos IV ocupaba el trono de Castilla, y seguía las inspiraciones de una mujer en cuya reputación han caído algunas manchas, sin que sea nuestro intento decir si ha sido bien ó mal juzgada por sus contemporá-



Entrevista del conde de Artois con el emperador de Austria y el rey de Prusia, en Pílnitz.—Pág. 162.

neos. Esta señora, el confesor del rey y un favorito, puede decirse que eran los verdaderos reyes de España, y que de las relaciones que se suponían entre Godoy y la reina emanaba toda la política de esta nación. Todo se sacrificaba en el reino á la fortuna de este favorito. Nada importaba que la escuadra languidiese en unos puertos no concluidos aún, ni que la América española tratase de emanciparse, que Italia se sujetase servilmente al Austria, que la casa de Borbon luchase sin esperanza en Francia contra las nuevas ideas, ni que la Inquisición y los monacales lo ennegreciesen y lo devorasen todo en la Península, con tal que la reina fuese amada por Godoy, y que éste fuese engrandeciéndose escandalosamente. El palacio de Aranjuez era el sepulcro murallado de España, en donde no penetraba el espíritu vivificador que agitaba á toda Europa.